Lección 13
(17 al 24 de Septiembre de 2011)

La adoración en el Apocalipsis

Rubén Aguilar

El último libro de las Sagradas Escrituras fue titulado con una expresión griega *Apocalipse*, que significa “revelación”. Y esa expresión es de tal relevancia, que se ha convertido en el nombre que identifica el propio texto. En algunas lenguas se prefiere utilizar el significado para titular el libro que relata las visiones del apóstol Juan. La opción del uso de ese título le concede al contenido del texto una mayor autoridad, pues éste –en su esencia– no es el resultado de una inspiración sentimental o racional de alguna persona, sino la revelación de los designios divinos respecto del desenlace de la historia de la gran conflagración que se dio en el cielo y luego se proyectó a este mundo.

El contenido completo del libro de Apocalipsis es la revelación de los eventos del gran conflicto, en la que están en confrontación las fuerzas angélicas comandadas por el Rey de reyes, contra las fuerzas demoníacas dirigidas por Satanás. El gran conflicto es una batalla no común, que difiere de otras por su singularidad. No es una conflagración bélica en la que los contendientes deben utilizar la potencia de armas destructoras. No es una lucha en la cual la resistencia o la fuerza física de los oponentes son expuestas en todo su vigor. No es un conflicto de ideologías o de principios, disputado en la arena de los debates ideológicos como si fueran una exposición de tesis, réplicas y antítesis. La batalla del gran conflicto entre Dios y Satanás se libra en el ámbito de la conciencia de los adoradores, ya sean estos celestiales o terrenales. El propósito final del conflicto es la vindicación de la santidad y justicia de Dios.

Luego de siglos de transgresión, desde la rebelión de Lucifer hasta los momentos finales de la historia humana, tanto los seres celestiales como los humanos habrán percibido las consecuencias de la desobediencia satánica. En contraste con esa actitud, la obediencia de Cristo, expuesta hasta el sacrificio y la muerte de cruz, estimula el reconocimiento del plan de salvación. La aceptación de ese plan implica una actitud de adoración de parte de una gran multitud que se reúne en torno al Rey Salvador. Esa multitud, finalmente entonará el Himno de Moisés y del Cordero, en una actitud de adoración, y sentimiento que vindica la justicia y la santidad de Dios. Entonces, la batalla será vencida por el Rey de reyes y la multitud de adoradores. La destrucción final y total de todo mal es simplemente el momento en el que culmina la historia de la transgresión.

La comprensión del simbolismo apocalíptico y la asimilación de los enunciados que tipifican la realización del gran conflicto entre Dios y Satanás deben motivar a cada creyente a participar del proyecto de salvación de la humanidad, a través de la

auténtica adoración al Creador y Salvador. Nadie está excluido de la participación en el desenlace del gran conflicto. Hay dos frentes de batalla y cada combatiente no usa otras armas que no sean su espíritu de adoración. De un lado están los correligionarios de los rebeldes que adoran a la bestia. Del otro lado están los que aceptan el plan redentor de Cristo y dejan lucir como espadas flamígeras su sentimiento de humilde adoración al Dios Eterno.

Santo, Santo, Santo…

El libro de Apocalipsis es leído y estudiado por una infinidad de personas de toda tendencia filosófica o religiosa. Para muchos escritores es el patrón del desenlace trágico de una situación social. Guionistas cinematográficos han utilizado su nombre como título de un drama en el que el caos moral y la liberalidad social terminan trágicamente.

Hay infinidad de obras literarias, en varias lenguas, que tergiversan los eventos del Apocalipsis. El contenido de esos textos es, esencialmente, un llamado a la participación política. Generalmente esas obras, cuyos títulos no prescinden del uso del vocablo Apocalipsis, describen la guerra en el cielo como una secuencia de eventos de carácter bélico, a través de los siglos, desde la caída de una multitud de ángeles hasta el crepúsculo del juicio final. En esta clase de literatura, la descripción del conflicto comienza con la rebelión de ángeles contra la dictadura opresiva que impone su dominio. Esa lucha por libertad no es exitosa y los implicados en la sedición son lanzados a la tierra, donde el conflicto se proyecta en las luchas político-sociales o en el ansia de la libertad de las clases oprimidas contra el dominio de las elites y oligarquías dominantes. Tal clase de literatura debe ser rechazada como basura letal que afecta la mente de los desprevenidos.

Más que describir los incidentes del gran conflicto, el libro de Apocalipsis es un texto que procura destacar la característica esencial de los seguidores de Cristo: la adoración. La actitud de adoración es referida con mucha frecuencia en cada capítulo del libro, a través de uso del propio vocablo o de palabras que reflejen tal actitud. Además de su significado “revelación”, el libro de Apocalipsis podría ser resumido con expresión sustantivada “Adoración”. La actitud de adoración es el instrumento bélico disponible para enfrentar la gran batalla. Nadie está libre de esa contienda. Quiéranlo o no, los ángeles y los seres humanos deben participar del conflicto, manifestando ese sentimiento. El Apocalipsis revela que, finalmente, los victoriosos serán los que adoren a Dios, reconociendo su Santidad.

En su estructura literaria, el Apocalipsis describe el contenido de ocho visiones básicas recibidas por el profeta Juan, el apóstol amado. Esas ocho visiones están estructuradas de manera tal que hay porciones que se destacan como partes comunes de cada visión. El Dr. Kenneth A. Strand, que ejerció su actividad como profesor de Teología en la Universidad Andrews, presenta las partes de cada visión de la siguiente manera: la introducción es una escena de victoria; continúa la descripción básica de la profecía que tiene su cumplimiento en hechos históricos; la tercera es un intervalo de la narración profética, un hiato que prepara la mente del lector para el relato de la cuarta parte que es la culminación escatológica del juicio final.

La escena victoriosa que sirve como introducción en cada una de las ocho visiones es el reflejo de una imagen luminosa, donde se destaca la estructura del Templo de Dios, o de parte de Él, con el brillo sacrosanto de su magnificencia. La escena es portentosa por la presencia –a veces claramente– del Salvador victorioso, el cual recibe el homenaje de los cuatro seres vivientes, de los veinticuatro ancianos, de los ciento cuarenta y cuatro mil escogidos, de los ángeles incontables, y de la gran multitud. La escena visualizada se da en un ámbito en el que voces celestiales retumban como sonido de truenos; la superficie que los sostiene es el mar de cristal, donde la suprema autoridad y la pureza plena de la Divinidad aparecen como fuego calcinante. Allí, todos se inclinan para prestar adoración al Rey victorioso, entonando el cántico de Moisés y del Cordero, repitiendo sin cesar el estribillo melodioso “Santo, Santo, Santo…”

La bestia de Apocalipsis 13

Además de describir simbólicamente la naturaleza y la actuación de la fuerza que se opone a Dios, el capítulo 13 de Apocalipsis advierte sobre el peligro de ignorar las características y la identidad de las figuras a las que se hace referencia como bestias. Específicamente, son dos las bestias que son motivo de destaque de parte del autor, las cuales –tanto en su forma interpretativa como en su simbolismo– abarcan todo el período del cristianismo, hasta el trasfondo de los eventos finales. La advertencia no es una tenue indicación que deja al lector del texto dependiendo de otra indicación. Por el contrario, es clara y específica al identificar la bestia que seduce a los habitantes de la tierra de adorar al dragón y la bestia que surge del mar (Apocalipsis 13:4, 12). Resaltamos una vez más que el tema del conflicto es (y no podría dejar de serlo) la adoración. Por este hecho es esencial y, de cierto modo, imperativo, identificar a las bestias de Apocalipsis 13, para evitar ser inducido a la práctica de una adoración indebida.

El término “dragón”, primariamente identifica al enemigo de Dios (Apocalipsis 12:3, 4), pero también identifica al poder político usado por Satanás en ocasión de la primera venida de Jesús (Apocalipsis 12:4). El poder político al que se alude es el que procuró destruir al Hijo de la mujer, cuando nació, y fue Roma imperial. El imperio romano desempeña un rol importante en el surgimiento de la primera bestia, la cual recibe del dragón (Roma) “su poder, su trono y gran autoridad” (Apocalipsis 13:2). Esto significa que la primera bestia que surge del mar es heredera política del imperio romano. ¿Cómo y cuándo ocurrió esto?

En el año 303 d. C., el emperador Diocleciano, por instigación de Galerio, decretó una tenaz persecución contra los cristianos, acusándolos de sedición. Dos años más tarde, el emperador abdicó al trono, desatándose una lucha fratricida por el poder. Los aspirantes al trono, y contendientes de hecho, fueron Galerio y Constancio. Víctima de las heridas en combate, y otras secuelas, Constancio murió (307 d. C.) y sus soldados proclamaron a su hijo Constantino como nuevo comandante. Pasaron dos años más y Galerio, que continuó con el decreto de persecución a los cristianos, murió, dejando su puesto a Magencio. Las batallas fueron favorables a Constantino, cuyo ejército se preparó para tomar la ciudad de Roma (312 d. C.). Pero el emprendimiento era arriesgado. Para animar a sus soldados, Constantino declaró que había tenido una visión en la cual había visto la cruz de Cristo envuelta con un estandarte

romano y la inscripción “Con esta señal vencerás”. Luego de la arenga, los soldados de Constantino tomaron la ciudad.

Constantino, ya como emperador de Roma, anuló el decreto de persecución contra los cristianos, dispensó a los líderes del cristianismo del pago de tributos y de prestaciones impositivas de servicios al imperio, incentivó la construcción de iglesias cristianas, transformó templos paganos en iglesias cristianas, ofreció cargos públicos a algunos líderes, transformó varias festividades paganas en celebraciones cristianas, emitió el decreto dominical, estimuló a los ciudadanos romanos a bautizarse en la iglesia cristiana y ofreció como recompensa de ello una túnica blanca y veinte monedas de oro para quien lo hiciera. Se declaró jefe del cristianismo, optando por el título de Máximo Pontífice. Con tal prerrogativa, convocó y presidió en el año 325 d. C. el Concilio de Nicea. Ostentó asimismo la autoridad de nombrar y deponer obispos. En suma, estaba en gestación un nuevo movimiento religioso que combinó el cristianismo con el paganismo romano.

Los actos del gobierno de Constantino popularizaron el cristianismo al precio de una decadencia de las normas de fe y amor de la iglesia primitiva. Al mismo tiempo, el paganismo comenzaba a sucumbir, dejando su lugar a la nueva creencia. Esa política fue continuada por los sucesores de Constantino hasta la consumación de la adopción del cristianismo como religión oficial del imperio, lo que ocurrió de hecho durante el gobierno del emperador Teodocio. Este gobernante convenció al Senado romano (380 d. C.) de la necesidad de adoptar el cristianismo para mantener la unidad y permitir la gobernabilidad del imperio. En el 381 d. C., Teodocio convocó al Concilio de Constantinopla, en el cual fue emitido el decreto de la oficialización del cristianismo como Iglesia Católica, legada por el apóstol Pedro, con sede en la ciudad de Roma. El “dragón” le dio así a la bestia su poder, su trono y gran autoridad.

Los verdaderos adoradores y Apocalipsis 14

La bestia que surgió del mar tuvo un aterrador dominio durante 1260 años de hegemonía y persecución. En su seno se generaron otras denominaciones que inicialmente procuraron volver a la práctica del primer amor pero, en el fondo, transigían con los designios de la bestia, levantando las banderas de la observancia dominical y la creencia en la inmortalidad del alma. Son adoradores, pero también víctimas de una artimaña satánica que los mantiene en el contexto de una nebulosa denominada cristiana y en la falacia intercesora de un sistema sacerdotal fraudulento.

Ante este ámbito ambiguo y controvertido, en el que los adoradores divagan entre los dos frentes actuantes en el tiempo del fin, es necesario suplicar la iluminación del Espíritu Santo para formar parte de las falanges de los verdaderos adoradores. Una de las señales indicadoras que orienta a las personas a formar parte del grupo de los escogidos es el significado del mensaje del primer ángel del capítulo 14 de Apocalipsis.

El triple mensaje angélico, de amplitud universal, es ofrecido a cada nación, tribu, lengua y pueblo, y en su versión temporal, es para el tiempo del fin. El mensaje narrado en el Apocalipsis presenta una estructuración sintética. Son frases concisas, pero que preservan un amplio contenido respecto de los designios divinos. La fraseo-

logía debe ser ampliada a la luz del contexto bíblico, para de ese modo identificar las características predominantes de los verdaderos adoradores del tiempo del fin.

El mensaje del primer ángel ostenta en sus líneas la revelación del "evangelio eterno". El Evangelio es la bienaventurada nueva de salvación en base al sacrificio de Cristo. La salvación humana fue confirmada en el momento en el que Cristo, asumiendo el lugar del pecador, fue sacrificado según los requerimientos de la Ley. La proclamación del Evangelio le otorga autoridad al predicador a exhortar a los que "habitan la tierra" a la práctica de la piedad y del temor a Dios, porque "la hora de su juicio ha llegado". El juicio mencionado en el contenido de este mensaje es la operación de la justicia que será llevada a cabo por Dios en el contexto de la Segunda Venida de Cristo. El llamado inherente a este acto divino es de asumir la condición de personas que aguarden la venida de Jesús, rodeado de ángeles, entre las nubes de los cielos. Así, el pueblo que asuma la tarea de anunciar el primer mensaje angélico, debe comunicar el evangelio de salvación y la venida de Jesús en su segunda aparición.

La continuidad del mensaje divino presenta como motivo básico de la adoración tributada a Dios el reconocimiento de su poder creador. Las palabras alcanzan cierta vehemencia con la expresión "Adorad a Aquél que hizo el cielo, la tierra, el mar, y las fuentes de las aguas". No puede ser más clara la actitud que identifica a los verdaderos adoradores del tiempo del fin, que reconocen el magno atributo del Dios Creador, adorándolo en el séptimo día de la semana.

Los verdaderos adoradores del tiempo del fin predican el evangelio eterno, aguardan la Segunda Venida de Jesús y reconocen el atributo creador del Dios Todopoderoso, adorándolo en el sábado semanal, conforme al mandamiento.

Dr. Rubén Aguilar
Profesor de Teología
Univ. Adventista de San Pablo
Campus II



Traducción: Rolando D. Chuquimia
© RECURSOS ESCUELA SABÁTICA

RECURSOS ESCUELA SABATICA
http://ar.groups.yahoo.com/group/Comentarios_EscuelaSabatica
http://groups.google.com.ar/group/escuela-sabatica?hl=es
Suscríbase para recibir gratuitamente recursos para la Escuela Sabática